



SECRETOS EN VENECIA



Ana Rosenrot

Long Island, 26 octubre de 1929

La mansión de Long Island se recortó en el paisaje, oscurecido ya por el atardecer, mostrándose tan impresionante como Grace la recordaba. Contaba con varias plantas en las que se distribuían más de diez habitaciones y salones decorados con exquisitez, y estaba rodeada por un extenso jardín que en la parte trasera se convertía en un pequeño cementerio familiar, cuyas mohosas lápidas y panteones fúnebres solían hacer las delicias de todos los niños durante la fiesta de Halloween.

No es que hubiera pasado demasiado tiempo desde la última vez que Grace estuvo allí, pero habían ocurrido tantas cosas en su vida en el último año que tenía la sensación de que hacía una eternidad. Se asomó por la ventanilla del Ford T y sintió en su rostro el frío y la característica humedad de la costa norte de Long Island que se introducía en sus pulmones.

—Te enfriarás si sigues asomándote por la ventanilla. Está a punto de llover —le advirtió el joven que conducía el automóvil.

—No me importa —respondió risueña girando el rostro hacia él. Era bonita, con ojos brillantes que llenaban de luz cualquier lugar. Llevaba el cabello castaño claro recogido a la moda con unas ondas marcadas—. Estoy nerviosa —añadió con un delicioso gesto infantil.

—¿Por qué? —preguntó el joven con una sonrisa.

—Todo el mundo estará esperándonos —confesó emocionada mientras se arrebujaba en el asiento y contemplaba el atractivo perfil de su acompañante.

—Ya no eres una niña, Grace. Ahora eres una mujer casada y como cualquier otro matrimonio tenemos que cumplir con compromisos y obligaciones, aunque no creo que esta fiesta lo sea en absoluto. Tu tío Everett la ha organizado para darnos la bienvenida después de nuestra luna de miel. Allí estarán todos nuestros amigos; no tienes por qué estar nerviosa —aseguró el joven sin apartar la vista de la carretera.

La noche y la tormenta que se estaba empezando a formar cubrían de sombras el paisaje costero. Las oscuras nubes ya descargaban una lluvia

que prometía ser intensa y no tardarían en escucharse truenos y el restallar de los rayos.

Grace contempló a su marido con admiración. Una de las cosas que le había enamorado de James era su capacidad para mantener la calma en cualquier situación, eso le daba seguridad y protección. Reconocía que de no ser así no podría cumplir con su puesto de inspector en la Unidad de Inteligencia de la Hacienda Pública, un puesto para el que había sido requerido por su capacidad de trabajo y sobre todo por su incorruptibilidad, lo que era sumamente importante en los tiempos que corrían. Al Capone había sido detenido gracias a la investigación secreta de la I.R.S., la unidad a la que pertenecía James y que dependía del Tesoro. Durante bastante tiempo James había trabajado en Nueva York y Chicago ocultándole a su esposa lo que hacía realmente porque era importante y peligroso, pero por fin se había conseguido detener al mafioso y todos estaban satisfechos, aunque aún quedaba el juicio, que sin duda sería complicado.

—Mira, ya ha debido llegar todo el mundo —anunció James observando los numerosos coches y las luces encendidas. La música también se dejaba oír, así como las risas y las conversaciones—. Parece que la caída de la Bolsa no les ha afectado —supuso el joven mientras aparcaba.

—Quizás no haya sido buena idea celebrar la fiesta precisamente hoy, ¿no crees? —dudó Grace— No parece de muy buen gusto. Mucha gente ha perdido todo el dinero que tenían, he oído que incluso algunos empresarios se han tirado por la ventana —añadió asustada—. ¿Nuestro dinero estará seguro?

—Es tu dinero, cariño —aclaró con una sonrisa—. Everett es un hombre inteligente, habrá sabido velar bien por tus intereses y tu fideicomiso estará a salvo.

—Menos mal... estoy deseando poder disponer del fideicomiso de mis padres. Compraremos esa casita que tanto nos gustó y... —se interrumpió con una sonrisa cómplice

—¿Qué? —preguntó con curiosidad viendo su mirada brillante.

—Me encantaría volver a Venecia —dijo con anhelo.

Las últimas semanas de su luna de miel las habían pasado allí y mantenía aquellos recuerdos atesorados en su corazón y en su mente como la joya más preciada. Estaba segura de que allí había concebido al hijo que llevaba en su vientre.

James la miró dulcemente. Era un joven apuesto con el cabello bien cortado y sonrisa franca, amoroso y encantador.

—Te prometo que volverás a Venecia, pero ahora olvídate de todo por

esta noche, Grace. Deja de preocuparte —no quería que nada la alterara, conocía sus problemas nerviosos desde la muerte de sus padres que la habían llevado a estar ingresada en una clínica de reposo en varias ocasiones—. Estamos juntos, acabamos de volver de un viaje estupendo por Europa después de habernos casado y esta noche vamos a disfrutar de una maravillosa fiesta de bienvenida en la que anunciaremos que estás embarazada —dijo James acariciando el vientre de Grace por encima de su abrigo—. Solo tienes que ser feliz.

—Lo soy —corroboró ella emocionada—. Soy la mujer más feliz del mundo —se abrazó a James como si fuera lo único seguro en la faz de la tierra.

Desde que sus padres murieron en un accidente siendo ella niña, había alternado los internados con las clínicas psiquiátricas, pero los fines de semana y vacaciones las había pasado con su padrino Everett y su mujer, Mary Rose, en aquella casa de Long Island que consideraba casi como su hogar.

Everett era un primo lejano de su padre; él y su esposa habían velado por ella hasta el día que anunció su compromiso con James. Aunque no eran sus tíos, ella les llamaba así y eran lo más parecido a una familia que tenía, a pesar del carácter estricto de Mary Rose, presidenta de la Liga de Mujeres Cristianas que abogaban por extremar las prohibiciones ya existentes en cuanto al alcohol, al baile y demás excesos que pudieran ir en contra de la moral. El tío Everett era un poco más condescendiente, pero sus obligaciones como senador del partido republicano y defensor de la Ley Volstead o Ley Seca le hacían ser un miembro activo y defensor de las prohibiciones.

James ayudó a Grace a salir del coche y le pasó el brazo por los hombros. Ahora llovía intensamente y tendrían que correr para no mojarse.

—Será una noche que nunca olvidaremos —vaticinó el hombre avanzando rápidamente y con seguridad hacia la fachada de la mansión en la que se prometía una velada magnífica, rodeados de todos los amigos que se habían reunido para darles la bienvenida tras la luna de miel.

Apenas Grace subió el primer escalón, se detuvo. Todo su ser sufrió una conmoción y por un instante sintió pánico y el deseo irrefrenable de dar la vuelta y salir corriendo.

—¿Qué te pasa? —preguntó solícito James al percibir el cambio en su joven mujer—, ¿te encuentras mal?, ¿es el bebé?

—No... no —contestó ella con apenas un hilo de voz intentando re-

hacerse de aquella intensa sensación de estar encaminándose hacia una peligrosa tiniebla. Se agarró con fuerza a la mano de James y esbozó una sonrisa—. James...

—Dime.

—Te quiero. Siempre te querré —dijo impulsivamente fijando en él sus ojos azules.

James la miró con cierta inquietud, pero al final acarició su rostro y la besó apasionadamente en la boca como si fuera la última vez, mientras la lluvia les empapaba. Después corrieron para guarecerse de la tormenta.

La casa estaba llena de invitados. Todos habían querido estar allí: conocidos, amigos, jóvenes, niños y ancianos vestidos con sus mejores galas que esperaban dar la bienvenida a aquel joven matrimonio que encarnaba el amor más cinematográfico de toda Nueva York: la ahijada del senador Everett Malford y de su esposa Mary Rose había contraído matrimonio con un inspector de la Agencia Anticorrupción de la Hacienda Pública que había colaborado para la detención de Al Capone.

Algunos periodistas y fotógrafos se habían apostado a la entrada para intentar tomar alguna fotografía de los invitados, pero solo un par de privilegiados podría inmortalizar el interior de la mansión.

Cualquiera que estuviera al tanto de las noticias de sociedad sabía que Everett Malford era un hombre con mucho futuro en la política, miembro destacado a favor del mantenimiento de la Ley Seca y como muchos opinaban, tenía grandes posibilidades de convertirse en el próximo candidato a gobernador de Nueva York, enfrentándose a Roosevelt, el actual gobernador, y con el que Everett mantenía serias diferencias no solo políticas. Únicamente coincidían en su amistad común con el alcalde de Nueva York, James J. Walker, que, aunque demócrata como Roosevelt, sentía mucha simpatía por Everett Malford.

No eran pocos los que argumentaban que el matrimonio entre Grace y James Mathews constituía un gran espaldarazo para la carrera política de Everett, así como para James al que se auguraba un exitoso futuro dentro del Departamento del Tesoro tras el caso de Al Capone. Aquella boda había sido un campanazo para la sociedad neoyorkina y a muchos les hubiera gustado estar en aquella fiesta de bienvenida.

—¡Ya están aquí! —anunció la cantarina voz de una jovencita de cabello rojo y miles de pecas salpicando su rostro observando la llegada de los invitados a través de la ventana— ¡Ya están aquí! —repitió emocionada corriendo a abrir la puerta antes que el mayordomo.

Ante su anuncio, los fotógrafos y los invitados que se congregaban en el interior de la mansión se acercaron a la puerta para ser los primeros en saludar a la pareja. Los vestidos con brillo, tacones, copas, risas y la música de jazz contrastaba con el carácter serio y puritano de Mary Rose, que permanecía con un rictus severo al ver cómo su fiesta de bienvenida se había convertido poco menos que en un garito de mala muerte en el que confiaba que, por lo menos, no se estuviera bebiendo alcohol a sus espaldas, pues tenía la sospecha de que su propio hijo y los amigos de Grace guardaban en los bolsillos interiores de sus chaquetas petacas con el pecaminoso líquido. ¿Qué opinarían sus compañeras de la Liga de Mujeres Cristianas de aquellos desmanes? Sin duda moverían sus cabezas en actitud de repulsa. Suspiró resignada y se encaminó a saludar a su «sobrina» Grace. No pudo menos que sonreír al ver su rostro de felicidad. Todo parecía confabularse para que aquella bonita niña que se convirtió en parte de sus vidas fuera feliz. Aun así, no pudo evitar sentir algo parecido a los celos cuando contempló su gesto pleno, su sonrisa llena y sus ojos brillantes tan dispuestos a la diversión y a la libertad que Mary Rose había intentado, con pocos frutos, mantener a raya para Grace, porque parecía que la juventud era rebelde y propicia a diversiones inmorales, a su modo de ver. Para ella, cualquier exceso de ese tipo le parecía algo pecaminoso, porque era la manera que Satán tenía de introducirse en sus vidas con tentaciones vulgares, pero Mary Rose tenía una gran capacidad de resistencia y nada ni nadie podría apartarla de sus firmes convicciones morales.

Su sobrina era una belleza y eso siempre suponía un peligro. Era ella la que había insistido en mantener a Grace interna en un colegio para apartarla del ambiente de permisividad que vivía la sociedad norteamericana en los últimos años, en los que el alcohol, las faldas cortas, el tabaco y la relajación de la moral campaban a sus anchas haciendo estragos en la juventud, y Grace podía ser presa fácil de aquello, porque si aquellas relajadas costumbres eran malas para la juventud en general, peor eran para las jóvenes cuya moralidad y dignidad podía verse comprometida, como aquellas *flappers* o muchachas excesivamente alegres que usaban faldas cortas y demasiado maquillaje, extremadamente liberales y cuyo exponente era la actriz Clara Bow. Para Mary Rose, una mujer independiente era sinónimo de mujer pública, pues en su recta y estrecha mente no concebía algo diferente. Una mujer debía someterse al marido, ser digna, honrada y respetuosa, formar una familia honrada y velar por ella. El feminismo que imperaba en aquellos momentos era interpretado por

ella como un ataque a los verdaderos valores morales y familiares. Estaba totalmente de acuerdo con la escritora Dorothy Parker que consideraba todo aquello como una auténtica locura.

Sin embargo, no había podido evitar del todo apartar a Grace del mundo. Everett se había empeñado en que su sobrina viviera con ellos el último año y ella sabía muy bien que había sido pernicioso para ella: las fiestas, la música... aquellos sonidos estridentes de negros, el jazz, ¡era horrible!, ¿cómo podía permitirse eso? Por suerte, gracias a la prohibición todo eso había terminado, al menos era lo que parecía porque el juego y el alcohol seguía existiendo y el crimen organizado campaba a sus anchas, sobre todo en Nueva York y en Chicago. Bueno, al menos ahora Al Capone había sido detenido... y gracias a la colaboración del Departamento del Tesoro.

Mary Rose había mirado con muy buenos ojos a James Mathews en el momento en que se enteró de sus deseos de casarse con Grace. Era un joven estupendo, un buen partido y sería la mejor manera de que la joven se mantuviera dentro de las buenas formas y costumbres de la familia de reconocido prestigio y moralidad intachable a la que pertenecía.

Sin embargo, la alegría por el compromiso no fue compartida por muchos jóvenes que vieron su corazón roto, porque Grace era una de las jóvenes más hermosas, alegres y cultas de la rica y glamurosa sociedad neoyorkina.

—¡Tía Mary Rose! —Grace se abrazó a ella y sintió, como de costumbre, su rigidez que encorsetaba incluso sus emociones.

—¡Hola, Grace! Estás muy guapa. ¿Lo has pasado bien?

—Sí, Venecia me ha encantado.

La joven se desprendió de su abrigo y lució un hermoso vestido de fiesta gris en el que destacaba un espléndido broche de plata y brillantes formando un conjunto ovalado de dos estrellas laterales con una central más grande. Ese broche había pertenecido a la madre de Grace y estaba dentro de su fideicomiso, pero Everett había insistido en dárselo para que lo prendiera en el vestido de novia. Era un broche muy caro de estilo *art nouveau* y Everett había gastado mucho dinero en restaurarlo añadiendo, además, un pequeño zafiro en la estrella central. Mary Rose nunca vio con buenos ojos aquel despilfarro y sabía que los lujos eran una tentación para cualquier joven. La verdad es que ella nunca había tenido una joya como aquella. Ella era coherente consigo misma, pero aun así, nunca Everett le había hecho ningún regalo de ese tipo y tampoco entendía el desmedido interés por darle a Grace el broche. Aún recordaba el rostro de

felicidad de su marido ante la mirada atónita de la joven al reconocer la joya de su madre, que inmediatamente se prendió en el vestido de novia y lo agradeció cariñosamente. Mary Rose no pudo evitar un extraño desasosiego al ver a su marido y a Grace fundirse en un abrazo.

—Tengo mucho que contarte —dijo Grace en tono confidencial.

—¿Sí?

—¡Grace!, ¡Grace!

La joven fue apartada de Mary Rose entre risas y conversaciones y Grace no pudo menos que dirigir un gesto de divertida resignación ante aquel *secuestro*.

Todos querían hablar con ella y con James, les hacían preguntas sobre su viaje a Europa, las fiestas que allí había, la moda, los vestidos... James por su parte conversaba con varios jóvenes y hombres que se interesaban por el ambiente político del viejo continente en el que algunos parecían intuir los contornos, aún un tanto borrosos, de una nueva guerra debido al excesivo expansionismo de Alemania.

—Yo estuve hace poco en Venecia —aseguró el doctor Marvin, gran amigo de Everett—. Un lugar precioso —dijo por enésima vez—. Un conocido mío abrió hace poco un psiquiátrico en una de sus islas, una clínica de reposo para los nervios.

Aquello ya lo había contado varias veces, pero todos se lo perdonaban al viejo doctor. Un fotógrafo se dedicó a inmortalizar a los presentes en aquella velada, sugirió a los invitados que posaran en grupo y por separado y todos obedecieron encantados.

Los hombres fumaban y hablaban entre sí mientras que las mujeres y los jóvenes se encontraban en el salón disfrutando de la música y la soda a la que algunos, con máxima discreción, añadían algo de whisky. Los camareros se movían en silencio entre el ruidoso ambiente ofreciendo diversas bebidas y canapés en sus bandejas. También los niños permanecían con los ojos abiertos disfrutando de aquella reunión en la que Grace era el centro de atención. Su aspecto saludable, su aire culto y cosmopolita y su conversación, que ahora versaba sobre la moda en Europa, hacía que la mayoría de mujeres y jóvenes la acosaran con preguntas sobre peinados y tocados.

Varios jóvenes la miraban embobados desde algunos ángulos, ahogando suspiros. Reconocían que James tenía mucha suerte y en sus miradas se mezclaban la decepción con la admiración. Entre ellos había un joven de cabello oscuro engominado y rostro anguloso que fumaba y miraba a Grace con más intensidad que el resto. En sus ojos, más que devoción y

enamoramamiento, se advertía rencor y celos. Como atraída por un imán, Grace volvió la cabeza y se encontró con los ojos de aquel joven al que conocía a la perfección. Tenía dos años menos que ella, diecisiete, y lo consideraba más que como su primo, como un hermano.

—¡Bartley! —saludó con la mano y rápidamente se acercó a él.

—Hola, Grace, ¿lo has pasado bien? —en el tono de su voz había cierta ironía.

—Sí, estoy feliz, ¿tú qué tal estás?

El joven movió los hombros.

—No me puedo quejar.

Atenta a la conversación se encontraba la jovencita pelirroja que momentos antes había abierto la puerta. Lila no apartaba la vista del joven Bartley del que estaba perdidamente enamorada; consideraba que era el joven más guapo, listo y maravilloso del mundo. Ella tan solo tenía quince años y pasaba desapercibida para él, que alternaba con otros jóvenes más mayores. Sabía que acudía a fiestas en clubs prohibidos, a *speakeasy* o lugares donde se podía encontrar alcohol ilegal, lo cual era sumamente arriesgado siendo el hijo de Everett y Mary Rose. Todo aquello le daba a Bartley un halo de peligro y misterio que hacía que la pelirroja Lila estuviera prendada de él.

—¿Has visto al tío Everett? —preguntó Grace mirando alrededor—
Aún no le he saludado.

Bartley exhaló el humo del puro que fumaba y le daba una apariencia más madura.

—Imagino que estará en su despacho —la contempló de arriba a abajo con descaro—. Estás muy guapa, te noto diferente. La vida de casada te sienta bien

—¿Sí? —preguntó ella con una sonrisa cómplice como si guardara un secreto.

—James tiene mucha suerte, demasiada —dijo con tono despectivo.

—¿Demasiada? —se extrañó ella de sus palabras.

—No creo que te merezca —dijo clavando en ella una intensa mirada—. Eres demasiado buena para él, tan solo es un investigador de Hacienda.

—¿Te parece poco? No sabes lo que dices —Grace frunció el ceño cuando se acercó a Bartley, además del tabaco percibió olor a alcohol en su aliento—. Si Mary Rose se entera de que has bebido alcohol... —le advirtió, aunque había tantas cosas fuera de la ley en las que Bartley estaba implicado, que lo de beber alcohol era una niñería.

—¿Qué va a hacer?, ¿castigarme? —preguntó irónicamente. Estaba harto de tanta prohibición y que sus padres fueran fervientes defensores de ello no le ayudaba en absoluto.

Grace sonrió divertida. En ese momento se escuchó un grito de sorpresa y una joven se acercó corriendo a ella. Era su mejor amiga y su confidente, Barby.

—¿Dónde estabas? —preguntó Grace fingiendo enfado.

—Acabamos de llegar, tuvimos un contratiempo con el coche. ¡Tienes que contármelo todo! —dijo cogiéndola por el brazo y apartándola del lado de Bartley, que con gesto resignado sacó disimuladamente una petaca del bolsillo y añadió un chorro de whisky a su soda mientras mantenía el puro entre sus labios.

—¡Tenía muchas ganas de verte! —exclamó Grace mirando con cariño a su amiga Barby, que para la ocasión lucía un vestido color beige que le favorecía mucho.

—¡Y yo!, ¿cómo es Venecia? Recibí tus cartas y parecía el lugar más maravilloso del mundo.

—Lo es, ha sido como un cuento de hadas. Además, allí no había prohibición, fuimos a fiestas, jugamos, bailamos... —enumeró Grace encantada.

—¡Oh, qué maravilla! —se admiró Barby que, como todas las jóvenes, ansiaba acudir a aquellas fiestas privadas en las que la diversión era precisamente hacer lo prohibido.

—Y tengo que contarte algo...

—¿Qué es?

Grace respiró hondo y sonrió. Tenían pensado anunciarlo ella y James durante la fiesta, pero no pudo resistirse a compartir aquel secreto con su mejor amiga.

—Estoy embarazada —anunció casi en un susurro.

—¿En serio?, ¡es maravilloso! —exclamó Barby alborozada abrazándola— ¿Lo saben ya Everett y Mary Rose?

—No lo sabe nadie aún, solo tú. Guarda el secreto. Lo anunciaremos en unas horas.

—El secreto estará a salvo conmigo, lo prometo —susurró Barby cruzando el dedo índice por sus labios. Después, las dos volvieron a abrazarse y a reírse como dos chiquillas que comparten un secreto.

Tras un rato de charla con Barby, Grace buscó a James entre la gente hasta que lo encontró hablando animadamente con otros hombres. Habían salido del gabinete para disfrutar del ambiente festivo, pero Grace descubrió en sus rostros la sombra de la preocupación. La caída de la

Bolsa de Nueva York era la noticia de los últimos días y probablemente lo sería durante bastante tiempo. Muchos negocios se habían venido abajo, al igual que grandes fortunas. Se comentaba el reciente suicidio de uno de los amigos de Everett, algo lamentable. El que más o el que menos había perdido dinero en la Bolsa, que se había convertido en los últimos tiempos en la inversión más fácil y productiva hasta el descalabro del día 24. Nadie sabía lo que ocurriría a partir de aquel momento y muchos intuían que aquella fiesta de bienvenida para Grace y James sería la última celebración en mucho tiempo.

James dirigió a Grace una sonrisa y ante su pregunta de dónde estaba Everett, con un gesto de mano le indicó que se dirigiera al despacho. James aún no había podido hablar con él, al parecer estaba inmerso en una conversación telefónica, pero sabía que la única manera de llamar su atención y hacer que se integrara en la fiesta era con la presencia de Grace.

La joven se dirigió rápidamente a la biblioteca que hacía las veces de despacho, y tras unos breves golpes en la puerta entró decididamente.

El hombre moreno que estaba sentado al otro lado de la mesa consultando papeles levantó la cabeza. Tendría unos cuarenta años, de aspecto serio y honorable, alto y con una mirada inquieta que delataba inteligencia, aunque en esos momentos parecía bastante preocupado. Miró a Grace e inmediatamente su rostro se transformó: una amplia sonrisa dejó ver un atractivo rostro. Se levantó de la silla y se dirigió a la joven con los brazos extendidos para abrazarla.

—¡La pequeña Grace!, ¿cuándo habéis llegado? Nadie me ha avisado de que ya estabais aquí.

Grace se dejó abrazar por los cariñosos brazos de Everett durante unos segundos. Después, el hombre, la apartó unos centímetros para contemplarla mejor.

—Estás realmente hermosa —dijo con admiración. Sus ojos se posaron en el broche—. Veo que no te lo quitas.

—Para mí es muy importante —contestó ella acariciándolo con suavidad—, era el mejor regalo que podías hacerme.

—Era de tu madre.

—Pero pertenece al fideicomiso y te encargaste de restaurarlo y sé que fue muy costoso.

—Para ti todo es poco —dijo Everett sin poder apartar la vista de ella. Ya no era una chiquilla, en aquellos tres meses tras su boda con James se había convertido en toda una mujer: sus gestos y movimientos eran seductores, su voz melodiosa, su hermosura había madurado hasta trans-

formarla en una auténtica belleza llena de serenidad, a pesar de lo vulnerable que él sabía que era su mundo interior tras la muerte de sus padres, porque era tremendamente sensible; qué diferente era Grace de Mary Rose. Sabía que, por mucho que su esposa hubiera intentado apartar a la joven del pecaminoso mundo que la rodeaba, el ansia de libertad que brillaba en los ojos de Grace era indomable. Sin duda lo había pasado muy bien durante su luna de miel y eso se reflejaba en su sonrisa.

Viéndola parecía que todo lo malo a su alrededor desaparecía. No había dejado de pensar en ella ni un minuto, ni siquiera en los peores momentos. Ahora, tras la quiebra de la Bolsa y todos los demás problemas que le acuciaban, hubiera deseado desaparecer de aquella fiesta, pero no podía. Sentía que todo lo que estaba ocurriendo era poco menos que el fin del mundo y él no estaba dispuesto a hundirse. ¿Qué le impedía salir corriendo de todo aquello? Estaba atado por su clase social, su familia... solo eran convencionalismos sociales en un mundo que se derrumbaba. Ahora ya nada tenía sentido, ¿qué importaban las normas sociales?, ¿qué importaba todo? La desesperación estaba haciendo mella en su ánimo, estaba perdiendo la coherencia y la cordura. Estaba a punto de perder el control de sus actos, y allí estaba Grace, tan hermosa como siempre, tan ajena a todo...

—¿Te ha tratado bien James? —bromeó apoyándose en la mesa, pero sin apartar sus manos de los hombros de Grace.

—Por supuesto. Es el hombre más maravilloso del mundo. Hemos viajado, conocido gente, lugares... me trata como una princesa.

—No te mereces menos —aseguró Everett apretando los dedos en torno a los brazos de su ahijada—, nunca consentiría que te tratara mal, para mí eres muy especial, Grace... —su voz sonaba cálida y su mirada penetraba los azules ojos de la joven que parpadeó sintiéndose extrañamente confundida—. Debí sacarte antes del internado, debiste estar más tiempo aquí... conmigo.

—Yo... he estado bien —Grace intentó apartarse de Everett, pero el hombre se lo impidió. Se acercó más a ella. Sus manos recorrieron sus suaves brazos.

—Podrías tener todo lo que quisieras, eres tan hermosa...

—Tío Everett...

—No soy tu tío, nunca lo he sido. Grace... el mundo a nuestro alrededor se desmorona, ¿has oído lo de la Bolsa? —ella asintió con la cabeza— Todo lo que parecía seguro ya no lo es. La gente enloquece cuando no tiene a lo que aferrarse, pero nosotros saldremos a flote, tú y yo —parecía hablar consigo mismo.

—No... no entiendo lo que me quieres decir —dijo Grace asustada. Las manos de Everett apretaban sus brazos hasta casi hacerle daño.

—Claro que me entiendes. Lo sabes desde hace tiempo, ¿por qué crees que te saqué del internado? Quería que estuvieras conmigo, quería tenerte cerca, ¿qué nos importan los demás ahora que todo se derrumba? Ya nada es lo que parece, ¿no crees que deberíamos aprovechar la vida y no dejar escapar la oportunidad que se nos brinda antes de que llegue el fin? Quizás esto sea una señal.

—Soy feliz con James. Lo único que quiero es formar una familia. Utilizaré mi fideicomiso para comprarnos una casita.

Everett la miró con burla.

—¿Tan solo te conformas con eso? Una mujer como tú debería estar cubierta de pieles, joyas y vestidos caros, viajar e ir de fiesta. No creo que James pueda ofrecerte eso —dijo irónicamente.

Grace estaba escandalizada.

—Mary Rose no aprobaría eso.

—¡Oh, vamos! ¡No hables como Mary Rose! —dijo con hastío— Tú no eres como ella —la abrazó apasionadamente reteniéndola entre sus brazos—. No me digas que nunca te has dado cuenta —los impulsos largamente controlados salían a flote sin ningún pudor. Everett había perdido la cabeza— Grace, Grace, Grace... emanas tanta sensualidad, he soñado contigo todas las noches, he acariciado tu cuerpo en mi mente, te he hecho el amor miles de veces. Podríamos escapar juntos, estaría dispuesto a dejar a Mary Rose por ti.

Grace, totalmente horrorizada, se debatía entre sus brazos intentando no escuchar ni entender aquellas horribles palabras.

La fiesta continuaba animada al otro lado de la biblioteca. El joven Bartley fumaba sentado en la escalera que llevaba a la planta superior. Junto a él se había sentado la pequeña Lila que le miraba embelesada.

—Es una fiesta increíble, ¿verdad? —preguntó intentando iniciar una conversación con él. En realidad era a la primera que asistía y estaba encantada.

—¿Cómo? Ah, sí, totalmente increíble —dijo sin prestar mucha atención.

—Espero que dejen que me quede hasta el final.

—¿Por qué no iban a dejarte? —preguntó extrañado volviendo su atractivo rostro hacia ella y contemplando su cara salpicada de pecas y su cabello pelirrojo.

—Piensan que aún soy muy joven —se quejó Lila con un mohín.

—¿Cuántos años tienes?

—Quince, casi dieciséis —se apresuró a contestar mirándole con ansiedad e irguiéndose para parecer más mayor. Él sonrió ante aquello.

—¿Quieres fumar? —le preguntó con complicidad adivinando que en aquella jovencita se escondía un espíritu intrépido.

—¿Aquí?, ¿ahora? —se escandalizó Lila mirando a su alrededor.

—¿Por qué no? Todo el mundo está distraído. Seguro que también te gustaría beber un poco de alcohol. Las chicas lo hacen y tú ya no eres una niña, ¿verdad?

Aquella era una pregunta capciosa y Lila se debatía entre el deber y el ansia de probar todo lo prohibido. Acercó disimuladamente su vaso a Bartley que dejó caer parte del contenido de su petaca en el vaso de la jovencita.

—No se lo digas a nadie, será nuestro secreto —susurró Bartley muy cerca de Lila haciendo que se estremeciera al sentir su aliento en el cuello.

El alcohol tenía un sabor amargo que no le gustó y el humo del cigarro de Bartley hizo que tosiera, cosa que al joven le pareció muy gracioso. Desde aquella improvisada atalaya en las escaleras podían contemplar toda la fiesta, pero para la pequeña Lila, lo mejor era estar sentada con Bartley y compartir algo tan prohibido como el tabaco y el alcohol, y eso hacía que se sintiera feliz, además de mareada.

Un imperceptible gesto de Mary Rose hizo que Bartley se levantara de la escalera y se dirigiera rápidamente a ella.

—Quiero que me ayudes a coger algo del despacho. Se trata de unos puros que le encantan a Marvin, pero están en la estantería de arriba, la doncella no alcanza.

Los dos se dirigieron al despacho. Mary Rose no sabía que Everett se encontraba allí con Grace y abrió la puerta descuidadamente. La escena que presenció hizo que su rostro se contrajera en una mueca de disgusto y horror.

—¡Vamos, Grace! Nadie nos impide estar juntos. Podríamos marcharnos ahora mismo sin que nadie se diera cuenta—. Everett mantenía a Grace entre sus brazos y su boca recorría su cuello.

—¡No! —gritaba ella forcejando— ¡Estoy embarazada!

En el momento en que Everett vio a Mary Rose y a Bartley en la puerta del despacho, soltó a Grace y se pasó la mano por el cabello.

La joven se acercó corriendo y llorando a la mujer en demanda de ayuda.

—¡Tía Mary! —sollozó— él... él...

—¡Eres una descarada! —le dijo la mujer masticando las palabras con rabia— ¿Cómo te atreves a provocar a Everett después de lo que ha hecho por ti? Eres una desagradecida. No ha servido de nada la educación que te hemos dado en esta casa decente. ¿Qué diría tu madre si se enterara de esto?

Grace la escuchaba sobrecogida, ¿por qué la culpaba a ella? ¡No había hecho nada!

—Pero tía...

—Yo no soy tu tía y esta ya no es tu familia. Si James se entera de esto... Eres una mujerzuela y manchas el nombre de tus padres. No mereces llevar ese broche, tu madre se moriría de vergüenza —dijo en una explosión de odio arrancándole el broche y rasgando su vestido.

Grace no pudo aguantar más aquello, comenzó a llorar abruptamente y salió corriendo del despacho ante la atónita mirada de Bartley que no sabía cómo reaccionar.

—Yo... no sé qué ocurrió —intentó justificarse Everett sin saber muy bien qué decir.

—Vete —dijo Mary Rose refiriéndose a Bartley que inmediatamente obedeció, no sin antes dirigir una mirada de desprecio a su padre.

—Mary Rose...

La mujer se acercó lentamente a Everett y cuando estuvo a su altura le propinó una sonora bofetada.

—¿Crees que soy estúpida?, ¿de verdad lo crees? Sé perfectamente lo que ha pasado y pide a Dios que Grace no cuente nada de lo que ha ocurrido aquí —dijo de manera furiosa amenazándole con el dedo, después se dio la vuelta y salió del despacho. No podía permitir que la fiesta se estropeará por aquel *incidente*. Ante todo había que conservar las formas y no dar lugar a un escándalo.

Grace salió corriendo de la biblioteca y se dirigió escaleras arriba pasando al lado de la pequeña Lila que aún se encontraba mareada. Tan solo su amiga Barby se dio cuenta de su extraño comportamiento y la siguió hasta el piso superior donde la encontró llorando en uno de los cuartos de baño.

Everett se quedó solo en el despacho. Se dejó caer en el sillón y apoyó la cabeza en sus manos con cierta desesperación, ¿qué había hecho?, ¡era un loco! Había intentado ocultar sus sentimientos y pasión hacia Grace todo lo que había podido, pero después de tres meses sin verla y el crack de la Bolsa le habían hecho comprender que la vida podía cam-

biar en cualquier momento y no quería desperdiciar la oportunidad de disfrutarla. Efectivamente había sido un loco impulsivo y aquello podía acarrearle serios disgustos. Por parte de Mary Rose sabía que no ocurriría nada, se limitaría a mirarle con desprecio y castigarle con su silencio, pero aparentarían ser una familia decente y feliz, y Bartley... no quería pensar en él, ya estaban bastante distanciados y esto los separaría aún más; en cuanto a Grace... ¿y si le contaba lo ocurrido a James? Sería un escándalo e incluso podrían destaparse sus otros *asuntos* con el crimen organizado. Sí, reconocía que era un hipócrita porque era un férreo defensor de la ley seca, pero únicamente para poder aprovecharse de los negocios y beneficios que la prohibición acarrearaba.

El teléfono sonó en aquel momento y con gesto malhumorado Everett contestó.

— ¿Sí?

La voz al otro lado del teléfono fue clara y directa.

— El dinero se ha perdido en la Bolsa.

— Ya lo sé, estoy prácticamente arruinado — dijo con desánimo.

— No me refiero a ese dinero, sino al *otro* dinero — le aclaró el hombre al otro lado de la línea.

— ¿Cómo? Eso no es posible. La inversión era segura y me dijiste que no había riesgo.

— Así era, pero el dinero se reinvertió en otros valores.

Everett comenzó a sudar. Se pasó la mano temblorosa por la frente, aquello no podía estar pasando, ¡no! El hombre continuaba hablando.

— Todo el dinero que Capone pidió ocultar estaba allí. ¿Qué haremos ahora?

— ¿Que qué haremos ahora?, ¡estamos muertos si no lo recuperamos!
— la ruina personal parecía importarles más bien poco en comparación con lo que podía ocurrirle tras perder el dinero de la mafia.

James sonreía y hablaba distendidamente con sus amigos, pero al mismo tiempo buscaba entre la gente a Grace, ¿habría salido ya del despacho de Everett? Decidió ir a buscarla. Llamó con los nudillos y tras escuchar un breve «pase», abrió la puerta de roble.

— ¡Hola, Everett! Aún no había tenido oportunidad de saludarte, ¿no está Grace aquí?

El aludido le miró con aprensión hasta que comprobó que el joven no sabía nada de lo sucedido. Sin duda Grace era una chica lista y sabía lo que les convenía a todos.

—He estado todo el tiempo en el despacho. Grace ha estado aquí hace un rato —de pronto una idea se introdujo en su mente como un afilado estilete—. Siéntate.

A James no le pasó desapercibido el gesto de preocupación de Everett e intuyó que los recientes problemas económicos podrían ser la fuente de su nerviosismo.

—¿Te encuentras bien? —preguntó.

—Pues la verdad es que no —sin importarle los convencionalismos, sacó de uno de los cajones dos vasos y una botella de bourbon y se dispuso a servirlos. James no pudo por menos que sentirse sorprendido.

—Everett... ¿sabes que el alcohol está prohibido? Tu propio partido fue el que...

—Sí, sí... ya lo sé, pero necesito un trago y no quiero tomarlo solo, ¿me acompañas o prefieres sermonearme como uno de esos charlatanes que vuelven locas a las mujeres de la Liga Cristiana?

James no contestó y alargó su mano para tomar el vaso. En momentos como aquellos la amistad se demostraba más con un gesto de compañerismo que actuando como un policía.

—¿Qué es lo que ha pasado?, ¿se trata de la Bolsa?

Everett asintió mientras volvía a llenar su vaso tras vaciar su contenido de un solo trago.

—He perdido mucho dinero, pero además de eso tengo un grave problema —murmuró.

—Lo siento mucho... —James no sabía que decir en ese momento. Nunca imaginó que Everett pudiera verse en esa situación.

—Necesito tu ayuda —dijo de pronto el senador.

—Lo que necesites, pero... yo no tengo dinero. Tan solo mi sueldo que...

—Se trata del fideicomiso de Grace.

James se incorporó en el sillón. Ese fideicomiso era el dinero que los padres de Grace le habían dejado hasta el día que se casara.

—Creo que eso tendrás que hablarlo con ella. Yo no puedo tomar decisiones en cuanto a su dinero —dijo seriamente aunque estaba convencido de que ella aceptaría gustosa a ayudar a su padrino en aquella situación.

Everett le contempló con cierto disgusto, ¿desde cuándo un hombre no podía tomar decisiones sobre los bienes de su mujer? Todo aquel discurso del feminismo y la independencia de las mujeres parecían estar haciendo mella en la sociedad.

—Tienes que convencerla.

—Imagino que ella estará dispuesta, sois su familia, la única que conoce. De todas maneras también podrías vender algunas propiedades, quizás eso fuera suficiente para...

Everett movió la cabeza negativamente.

—No lo entiendes. Ese dinero no era mío y estoy en un grave aprieto.

—¿De quién es?, ¿a qué te refieres? —James comenzó a sospechar que la situación debía ser más complicada aún de lo que había imaginado.

—Si no devuelvo ese dinero tendré un grave problema —dijo obviando las preguntas de James—. No tengo otra manera de obtenerlo si no es a través del fideicomiso de Grace, ¿tienes que ayudarme!

La desesperación del hombre era patente y James se sintió abrumado. En aquel instante comenzó a intuir la verdad.

—Se trata de dinero sucio, ¿es eso?

El hombre asintió con un golpe de cabeza. La lluvia golpeaba con fuerza los cristales. La noche había cubierto el paisaje de oscuridad y en la pequeña biblioteca que hacía las veces de despacho tan solo una lamparilla les iluminaba.

—¡Pero Everett!, ¿cómo es posible? Tú has sido un defensor a ultranza del cumplimiento de la normativa, ¿en qué lío te has metido?, ¿de quién es ese dinero? —le recriminó.

—De Alphonse —confesó por fin—. Distribuyó su dinero entre varias personas, yo soy una de ellas y lo he perdido.

—¿Alphonse? —preguntó James sin entender que aquel nombre pudiera decirle algo.

Everett le miró fijamente a los ojos.

—Alphonse, Al, Al Capone —aclaró.

James no podía dar crédito a lo que estaba escuchando. ¡Everett manejaba el dinero de Al Capone!, ¡blanqueaba su dinero para él! Se pasó las manos por la cara, ¿qué tenía que hacer? Él era miembro de Hacienda, gracias a sus investigaciones Al Capone había podido ser encerrado, ¿era lícito que ayudara ahora a Everett? No podía hacer eso.

La música y las risas se filtraban a pesar de la puerta cerrada, pero para los dos hombres se había acabado la fiesta.

—¿Entiendes ahora por qué necesito el dinero de Grace? —preguntó Everett con desesperación— No será suficiente, pero ayudará a evitar males mayores.

El joven aún estaba conmocionado con la noticia, ¡Everett y Al Capone hacían negocios juntos! Su sentido de la honradez no le permitía ayudar al padrino de su mujer, y menos con el dinero del fideicomiso.

—No. Lo siento, pero no vamos a ayudarte.

—¿Qué dices? —preguntó con una mezcla de enfado y sorpresa— Grace me lo debe todo, ¿qué hubiera sido de ella si no me hubiera ocupado yo? —preguntó levantándose de la mesa.

—¡Everett!, ¿estás loco?, ¿te das cuenta de lo que me pides? No puedo ayudarte y trabajar para el Tesoro, ¿no te das cuenta?, ¿en qué lugar me pondría eso a mí?, ¿en qué lugar pondría a Grace? No voy a consentir que utilices su dinero para salvarle el culo a Al Capone.

—No se lo estarías salvando a él, sino a mí, ¿no lo entiendes?, ¡me matará! —Everett se apoyaba en la librería y apretaba el vaso en su mano.

James se acarició el mentón de manera pensativa, quizás podría haber una solución.

—Capone está detenido, no podrá hacerte nada.

—¡No me hagas reír! —exclamó irónicamente Everett. Al Capone contaba con hombres que harían cualquier cosa por él tanto dentro como fuera de la cárcel.

—Quizás podríamos...

—¿Qué? —preguntó ansiosamente Everett.

—Podrías testificar en contra de Al Capone, eso te ayudaría con el Tesoro, serían condescendientes contigo y te ofrecerían seguridad. Me comprometo a ayudarte en todo lo posible. Esta misma tarde hablaré con...

Everett había dejado de escucharle, pero seguía mirándole. ¿Testificar en contra de Al Capone? Eso sería firmar su sentencia de muerte. ¡Estaba perdido! Si Grace no se hubiera casado, él aún podría disponer del fideicomiso como quisiera. Si no se hubiera casado... si estuviera sola... si James no existiera...

Con gesto parsimonioso se acercó a una pequeña mesa adyacente y abrió una caja de madera que reposaba sobre ella. Sacó algo de su interior y se acercó a James que seguía buscando una solución. Cuando el joven se dio cuenta de lo que Everett portaba en su mano abrió los ojos con gesto de asombro.

—Lo siento —dijo Everett fríamente—, no me dejas otra opción.

Un tremendo ruido semejante a un petardo se escuchó por toda la casa. Grace estaba arriba con Barby y las dos bajaron inmediatamente. La gente corría de un lado a otro, muchas mujeres lloraban, los hombres intentaban mantener la calma y uno de ellos llamó a la policía.

Grace se abrió paso y entró en el despacho de Everett a pesar de que intentaron impedirselo. Gritó con desesperación cuando vio la sangre, y varios invitados se apresuraron a evitar que no cayera al suelo.

A nadie le extrañó que perdiera la cabeza de aquella manera: gritaba, se tiraba del pelo, lloraba, convulsionaba... Su estabilidad emocional había terminado por romperse con lo que acababa de ocurrir. La ambulancia no tardó en llegar, junto con la policía. Alguien aconsejó una institución psiquiátrica, quizás fuera Everett o Mary Rose, o tal vez el doctor Marvin.

Lila estaba desconcertada con todo aquello, no entendía por qué se había estropeado la fiesta, ¿por qué estaba allí la policía?, ¿a dónde iban a llevar a Grace?

—Debería volver a la ciudad en la que fue tan feliz... —murmuró Mary Rose agriamente.

Aquella fiesta en la casa de Long Island no terminó como todos esperaban, y la felicidad del principio quedó convertida en amargura, dolor y tristeza.

El *New York Times*, en su edición matutina, despertaba a los ya conmocionados ciudadanos tras el crack, con la pavorosa noticia del suicidio de James Mathews durante la fiesta celebrada en casa del padrino de su mujer, Grace. El muchacho que vendía periódicos gritaba a pleno pulmón y le quitaban los ejemplares de la mano. La noticia se acompañaba con la descripción de la policía al llegar al lugar de los hechos. Sin duda, el joven, a su regreso de la luna de miel en Europa, se había enterado de la pérdida de su capital en el crack de la Bolsa. No era el primero que tomaba aquella drástica solución acuciado por la ruina y desesperación, aunque era extraño que un incorruptible empleado del Tesoro tuviera dinero para invertir en Bolsa. La noticia había causado más impacto al tratarse del joven matrimonio que había atraído todos los comentarios de los últimos meses. Una foto de la pareja durante la fiesta, horas antes del suicidio, a gran tamaño daba más interés y morbo a la noticia. ¿Quién podía imaginar que aquellos jóvenes sonrientes, felices y enamorados pudieran tener un fin tan trágico pocos meses después? Tal vez las cosas no fueran tal como las contaba el periódico, los ricos se tapaban unos a otros y tenían trapos sucios que ocultar.

—Aquí dice que la joven esposa, presa de un ataque de nervios ha tenido que ser ingresada urgentemente en un hospital psiquiátrico —leyó una mujer rechoncha mientras se sentaba a desayunar junto a su orondo marido al que no le interesaban lo más mínimo los suicidios de los ricos.

Es más, desde que la Bolsa había caído, su negocio de empeños y préstamos había subido como la espuma. En apenas un par de días se habían encontrado con numerosas personas deseosas de empeñar sus costosas joyas para poder subsistir tras el descalabro económico.

—Bueno... —dijo limpiándose con la servilleta— Eso a nosotros nos da igual. Mientras que los ricos sigan perdiendo dinero, nosotros estaremos bien.

—¿Quién era la mujer que vino anoche?, ¿qué quería? —preguntó recordando de pronto la intempestiva visita a altas horas de la noche.

—Lo de costumbre. Empeñar una joya. Imagino que no querría venir de día para que nadie la viera y reconociera. Ahora se verá la verdad de toda esa gentuza —dijo con desprecio—, tendrán que suplicar para obtener unas monedas por las joyas que me dan. Nos haremos ricos, Anne.

La mujer sonrió mientras se levantaba para dar de mamar al pequeño que estaba en la cuna, pasó por detrás de su marido y cogió el periódico.

—De todas maneras me dan pena esos jóvenes. Él era muy atractivo y ella parecía muy feliz, llevaba un vestido muy bonito y un broche que debe ser costosísimo —dijo mirando con interés la foto del periódico para unos momentos después dejarlo sobre la mesa y continuar con sus quehaceres domésticos.